

su corazón quejas tan sentidas y amargas como la ingratitud. *¿Es esto, se dice en el Deuteronomio (cap. 32), lo que vuelves á tu Dios? ¿O pueblo estulto y necio! ¿Por ventura no es Dios tu Padre, que te poseyó, te hizo, y te crió?* El Verbo divino encarnado, que vino á este mundo para padecer y morir afrentosamente, manifestó siempre una suma conformidad con los tormentos excesivos que le hizo padecer la perfidia judaica, sin que se oyese de su boca la más leve espresion que tuviese visos de queja. Solamente cuando recibió la bofetada de aquel ingrato ministro, á quien poco antes habia hecho un beneficio señalado, no pudo contener la severidad de su justicia sin echarle en rostro su ingratitud, y acusarle de la enormidad de su delito. Los castigos que ha ejecutado Dios con los ingratos, y el modo con que ha manifestado su indignacion, prueban igualmente lo horrendo y abominable de este vicio. Bien sabido es el castigo de Amasías, rey de Israel. Habiale Dios hecho el beneficio de vencer á los idumeos y otros muchos y poderosos enemigos; y en lugar de dar á Dios las debidas gracias, adoró á los ídolos, y los llevó á Jerusalem. Por tanto, irritado Dios, le envió un profeta que le dijese de su parte estas palabras: *¿Es este el agradecimiento con que pagas á Dios el haberte ayudado contra tus enemigos? Sabe que el Señor ha decretado tu muerte, que vengas cautivo á las manos de tus contrarios, y que estos ejecuten en tu persona una justa venganza.*

2 Todo esto, cuanto queda dicho en las meditaciones, y muchas otras sentencias que se pudieran traer de la Escritura y de los Padres, prueban claramente que la ingratitud es el más feo de todos los vicios, y que no hay monstruo tan horroroso como un ingrato. La festividad que celebra en este día la Iglesia de España, acuerda á todos los españoles en comun, y á cada uno en particular, uno de los más grandes beneficios que ha recibido España, y en esto mismo la acuerda la obligacion que tiene de mostrarse agradecida, primeramente á Dios, y despues al apóstol Santiago, por cuya intercesion logramos un tan grande beneficio. Singularmente las mujeres, y entre estas las doncellas, deben considerarse como particularmente protegidas, trasladándose con la imaginacion á los pasados siglos, y constituyéndose en el lugar de aquellas infelices que tenian que servir de tributo á la brutalidad sarracena. Esta consideracion escitará en ellas la firme resolucion de pagar á Dios y al apóstol Santiago la deuda con la modestia de sus trajes, con la honestidad de sus acciones, con la pureza de sus costumbres, y con una vida en fin arreglada en todo á las máximas del Evangelio. De otro modo

llevan sobre sí la execracion que produce la ingratitud á los soberanos beneficios.

DIA XXIV.

MARTIROLOGIO.

EL TRIUNFO DE SAN MANAHEN, hermano de leche de Herodes tetrarca; doctor y profeta de la ley de gracia, y nuevo Testamento; murió y fue sepultado en Antioquia.

SANTA JUANA, mujer de Cuza, mayordomo de Herodes, de la cual hace mencion S. Lucas evangelista.

EL TRÁNSITO DE SAN VICENTE MÁRTIR, en el puerto Romano.

SANTA AFRA, en Bressa, martirizada en tiempo del emperador Adriano.

LOS SANTOS MÁRTIRES DONACIANO Y ROGACIANO, hermanos, en Nantes en la Bretaña menor; los cuales en tiempo del emperador Diocleciano despues de haber sido presos por confesar constantemente la fe católica, y atormentados en el caballete y descarnados, fueron atravesados con una lanza; y últimamente degollados.

LOS SANTOS MÁRTIRES ZOELO, SERVILIO, FELIX, SILVANO Y DIOCLES, en Istria.

LOS SANTOS MÁRTIRES MELACIO, general del ejército, y sus compañeros, en número de doscientos cincuenta y dos, en el mismo día, los cuales atormentados de varias maneras alcanzaron la palma del martirio.

LAS SANTAS MÁRTIRES SUSANA, MARCIANA Y PALADIA, mujeres de los dichos soldados, las cuales fueron machacadas con sus hijos chiquitos.

SAN ROBUSTIANO, mártir, en Milan. (De este santo mártir solo se sabe que derramó su sangre por negarse constantemente á adorar los ídolos durante los primeros años de la persecucion de Diocleciano.)

EL BEATO JUAN DE PRADO, del orden de Menores reformados descalzos, en Marruecos en el Africa, el cual predicando el Evangelio, despues de haber sufrido por Jesucristo cadenas, cárceles, azotes y otros muchos tormentos, últimamente consumó el martirio en medio de las llamas. (Fue natural del reino de Leon en España, habiendo sido enviado á Marruecos por autoridad de la Congregacion de *Propaganda Fide* á predicar la fe en aquel reino y en el de Fez. Benedicto XIII lo beatifico en 1728.)

SAN VICENTE, presbitero, en el monasterio de Lerins, ilustre en santidad y doctrina.

LA TRASLACION DE SANTO DOMINGO, confesor, en Bolonia, en tiempo del papa Gregorio IX.

SAN JUAN FRANCISCO REGIS, DE LA COMPAÑIA DE JESUS.

LA vida de S. Juan Francisco Regis, de la Compañía de Jesus, que nació entre nosotros, y casi en nuestros mismos dias, es de tanta edificacion, que no puede menos de contribuir á aumentar en un corazon francés la virtud y la devocion á un santo de su misma nacion, que después de tres siglos no habia logrado ver colocado en el catálogo de los santos á ninguno de sus hijos, ni ser propuesto solemnemente á la veneracion y culto público de los fieles.

Este célebre misionero, tan conocido en el mundo así por sus admirables virtudes, como por sus muchos milagros, nació el día 31 de enero de 1597 en Foncubierta, pequeña poblacion del obispado de Narbona. Fué su padre Juan Regis, de la noble y antigua casa de Deplas, y su madre Magdalena Darcis, hija del señor de Segur, uno y otro mas recomendables por su virtud que por su nacimiento. Desde la misma infancia del niño Regis pareció que Dios le amaba, y le habia escogido singularmente para su mayor gloria. Mas de una vez veló milagrosamente el cielo para conservarle. Al mismo tiempo que en cierta ocasion iba á despeñarse en un precipicio, siendo de cuatro años, le detuvo una mano invisible portentosamente. Adelantóse en el uso de la devocion al de la razon. Dejó poco que hacer á la educacion su noble índole y su natural inclinacion á la virtud. Casi nunca fue niño; por lo menos siempre miró con aversion los juegos y los entretenimientos de aquella edad.

Pagados sus padres de las bellas prendas de Juan, le enviaron á estudiar al colegio de la Compañía de Beciers. Señalóse luego entre todos los condiscipulos por el ingenio y por la virtud. Repartia todo el tiempo entre el estudio y la oracion. Desde luego se negó á toda diversion, aun la mas licita y mas inocente. Nunca se le veia en el juego ni en el paseo: los dias de asueto los empleaba ordinariamente en la iglesia. Respetaban todos su inocencia y su virginal pudor; hasta en los mas indevotos hacia impresion su recato y modestia, admirando todos una virtud tan anticipada y tan madura en un estudiante de aquella edad.

Como habia mamado con la leche una tierna devocion á la santísima Virgen, luego que se vió estudiante pidió ser alistado en la congregacion de esta Señora, que con tanto provecho y con tanta edificacion de la juventud suele estar fundada en todos los colegios de la Compañía. Resplandeció singularmente su virtud entre todos los congregantes, y en todos se observó no



S. JUAN FRANCISCO REGIS.



sé qué nuevo fervor, efecto de los ejemplos de Regis. Estrechó particular amistad con algunos mas fervorosos y mas ajustados, y formó con ellos otra como pequeña congregación que llenó de admiración á todo el estudio.

No era para el mundo una alma prevenida con tan dulces bendiciones. Apenas conoció Regis á los padres de la Compañía, cuando se persuadió que Dios le llamaba á ella. Los principales motivos de su vocacion fueron el zelo de la mayor gloria de Dios y el de la salvacion de las almas. Pidió con instancia ser admitido en la Compañía, y lo fué con universal gozo y consuelo. Mudó de estado, pero no mudó de máximas ni de costumbres. En la religion no tuvo que hacer mas que perfeccionar la virtud que tanto habia cultivado y adelantado en el siglo. Ningun novicio le escedió en la puntualidad, en el fervor y en la mortificacion. Llamábanle ya entonces *la regla viva de S. Ignacio*. Su apacibilidad y modestia hacian amables hasta sus mismos rigores. Tardóse poco en descubrir el amor y la inclinacion que profesaba á los pobres. Mientras le duró la vida fué la caridad su virtud sobresaliente. En nada hallaba tanto gusto como en ir á servir á los pobres enfermos en el hospital.

Concluido el noviciado, se aplicó al estudio de la elocuencia y de la filosofia, sin perder nada de su fervor. Hicieronle maestro de la juventud en una clase de gramática, y este nuevo empleo dió ocasion á que brillase mas su zelo y su virtud. Enseñó letras humanas en Billon, en Auch y en Puy, venerado en todas partes con admiracion, y conocido en todas por el nombre de *ángel del cielo*. Consideraba su clase como el campo de la mision que le habia tocado en suerte; desvelábase en hacer á sus discipulos cada dia mas hábiles; pero al mismo tiempo dedicaba su atencion á hacerlos tambien mas santos. A todos se estendian sus desvelos; pero se le notaba no sé qué predileccion hácia los mas pobres.

Persuadido á que el tiempo de los estudios es ocasion para resfriar el fervor, tuvo gran cuidado de prevenir este escollo con piadosas precauciones, frecuentando las visitas al santísimo Sacramento; siendo muy exacto en cumplir muchas y muy tiernas devociones en honor de la santísima Virgen, Madre de Dios, leyendo libros espirituales, haciendo fervorosas oraciones, y domando su cuerpo con secretas penitencias. De estos preservativos se valió contra la disipacion del espíritu, y contra la sequedad del corazon, á que es tan espuesto el estudio de las ciencias abstraídas.

No esperó el zelo de nuestro fervoroso jesuita á la sazón regu-

lar para producir copiosos frutos. Apenas habia salido del noviciado, cuando le mandaron explicar la doctrina en una poblacion llamada Andace, poco distante de Turnon. Fué extraordinario el concurso, y fué el fruto prodigioso. Reformó las costumbres de todo aquel pequeño pueblo, fundó la adoracion perpetua del santísimo Sacramento, y hoy es el dia en que se acuerdan de la mucha impresion que hicieron en los corazones de los habitadores sus exhortaciones y sus ejemplos.

Enviáronle á estudiar la teología al colegio de Tolosa, y muy desde luego dió pruebas claras de un excelente ingenio y de un eminente talento para las facultades mayores; pero al paso que crecian sus progresos crecian tambien sus aplausos, y haciéndose estos insoportables á su profunda humildad, muchas veces procuró hacerse despreciable, fingiéndose rudo ó ignorante. Previniéronle los superiores que se dispusiese para recibir el sacerdocio, y aquí fué donde se sintió como aturdido á la vista de su indignidad; pero precisado en fin por la obediencia, recibió los órdenes sagrados, y celebró el divino sacrificio con tanta devocion, continuada despues por toda su vida mientras estaba en el altar, que la infundia á cuantos oian su misa. Aquel mismo año se declaró la peste en Tolosa, y con reiteradas instancias alcanzó de los superiores que le permitiesen asistir á los apestados. Señalóse mucho su zelo; y si no tuvo la dicha de morir en este heroico acto de caridad, como la lograron muchos de sus hermanos, fué sin duda porque la divina Providencia se la conservó singularmente para la salvacion de tantas almas. Destinábale efectivamente el cielo á mayores y mas dilatados trabajos. Levábale fuertemente la inclinacion al ejercicio de las misiones, y fué tanto lo que pidió, lo que instó, y lo que clamó á los superiores para que le permitiesen dedicarse á él entera y totalmente, que estos, no tanto movidos de sus instancias, cuanto de su vocacion, que conocian ser señaladamente del cielo, le destinaron á este sagrado ministerio aun antes del tiempo regular. Pidió con instancias ser enviado al Canadá, por saber lo mucho que padecian los jesuitas en aquellas penosísimas misiones; pero el Señor le habia destinado para santificar las provincias de Francia, y para renovar en ellas las maravillas que obraron en los primeros siglos los varones apostólicos.

Dió principio á las misiones en Foncubierta, lugar de su nacimiento, siendo quizá el primero que fué tenido por buen profeta en su tierra. Apenas se puede concebir vida mas austera, mas laboriosa, ni dias mas verdaderamente llenos que los suyos. Antes de amanecer estaba ya en la iglesia, donde despues

de la oracion hacia al pueblo una plática fervorosa; decia despues misa; predicaba dos y tres veces al dia, y empleaba en el confesonario todo el tiempo que no ocupaba en el púlpito. Visitaba á los enfermos por via de descanso; y casi todos los que llamaba alivios eran alguna nueva obra de misericordia. Apenas dormia mas que dos ó tres horas, echado en el duro suelo, ó recostado en alguna silla. Desde los primeros años de su ministerio apostólico se prohibió el uso de la carne, del pescado, de huevos y de vino; su alimento regular era pan y agua; y si tal vez se veia precisado á tomar un poco de leche, se acusaba de su excesiva delicadeza. En los diez últimos años de su vida jamas se desnudó el cilicio. Para él no habia en todo el año estacion mas agradable que la del mas rígido invierno en aquellas montañas frigidísimas y asperísimas, porque en ninguna otra tenia mas que sufrir y padecer. Los hielos, las nieves, las lluvias, los vientos, los arroyos, las simas, los precipicios, las borrascas, nada le acobardaba, nada era bastante para moderar su zelo. Si le representaban los compañeros que aquello era tentar á Dios, les respondia sonriéndose: *Tengo muchas esperiencias de lo que Dios cuida de mí; y no es razon cargarme yo de este inútil cuidado. Agraviarale mucho si alguna cosa me acobardase.* Su confianza en Dios era sin limites, y obraba el Señor grandes prodigios en su favor. Rompióse un dia una pierna de resulta de una caída, y al punto se le consolidó perfectamente sin algun remedio humano.

No se ciñó solo al Langüedoc el teatro de la inmensa caridad de nuestro apóstol. No hubo pueblo ni aldea en el Vivarés, no hubo choza ni cabaña en el Velay adonde no penetrasen los ardores de su zelo. Apenas se dejaba ver en el púlpito cuando se mostraba enternecido todo el auditorio. Las lágrimas de los mas rebeldes pecadores daban testimonio público de su sincera conversion; y lo mas asombroso fué, que de tanto número de las almas convertidas, ni una sola dejó de conseguir por las oraciones de Regis el don de la perseverancia. En Tolosa, Montpellier, Somieres y Puy fundó casas de recogidas, adonde voluntariamente se refugiaban las mujeres arrependidas. Estas utilísimas conquistas le suscitaron muchos enemigos. Ciertos libertinos resolvieron asesinarle: con este intento le llamaron ya muy entrada la noche á la iglesia del colegio, fingiendo querian confesarse; supo el siervo de Dios, por revelacion divina, sus sacrilegos intentos; bajó, púsoseles delante, hablólos, moviólos, conviértolos, y la respuesta de aquellos infelices hombres fué un torrente de lágrimas que derramaron.

Los felicísimos sucesos de la misión que hizo en Cheylard apenas parecían creíbles aun á los mismos que fueron testigos de ellos. Lacheu, Privas, S. Aggrave, S. Andres, Fangas, Marlhes, y todos los pueblos comarcanos acreditaron lo que puede un predicador animado del espíritu apostólico. Los herejes, no pudiendo resistir á un hombre tan poderoso en obras como en palabras, abrazaron la religion católica. Todo aquel país, mucho mas espantoso por el desorden de las costumbres, que por sus escarpadas montañas, por sus breñas y sus bosques, se convirtió en domicilio de la virtud y de la inocencia. Es verdad que ningun predicador autorizaba mas que Regis la santidad del ministerio con la santidad de la vida. Su semblante estenuado á los rigores con que trataba su cuerpo; una modestia que de contado se llevaba hácia sí los ojos; un profundo recogimiento, y una apacibilidad que ganaba los corazones, todo esto era sermón en Regis.

No pudiendo reprimir los incendios del divino amor que abrazaban su inflamado corazón, se le oía muchas veces prorumpir en estas exclamaciones: *¡O Dios mio, ó amor mio, y delicias de mi corazón! ¡es posible que yo no os pueda amar todo lo que vos mereceis ser amado, y todo lo que deseo amaros!* Por eso se comunicaba el Señor á aquella grande alma de un modo verdaderamente singular. Las indispensables distracciones de su ministerio no le interrumpian la íntima union con su Dios; y en medio de las mayores ocupaciones se le vió muchas veces estático y elevado.

De este vivo amor á Jesucristo, que le penetraba todo el corazón, nacia aquella tierna compasion con que miró á los pobres toda la vida. Siempre se le hallaba rodeado de ellos; considerábalos como la porción mas querida del rebaño de Jesucristo; y entre los pobres sentia particular inclinacion á los de las aldeas y de los campos, por contemplarlos mas desamparados. Su zelo no reconocia limites; en tratándose de salvar una alma, nada se le hacia dificultoso. El gran teatro de esta inmensa caridad se puede decir que fué la provincia de Puy. Enviáronle los superiores á esta capital el año de 1636, para explicar la doctrina en la iglesia del colegio, y para que de cuando en cuando hiciese algunas escursiones por las aldeas de la comarca. Era tan grande el concurso á las doctrinas, que fué preciso tomar algunas providencias para que no sucediesen desgracias en los auditorios. El fruto correspondió al concepto que se tenia de su santidad, y en el espacio de tres meses se observó en toda la ciudad una total mudanza de costumbres. El retiro de todas las mujeres de

mala vida, y sobre todo la conversion de una famosa dama cortesana, fueron causa de muchas persecuciones que se suscitaron contra él. No pocas veces fué insultado, abofeteado, apaleado, acocorado, y arrastrado por el suelo; pero su paciencia y su dulzura desarmaron á los furiosos, y convirtieron á los disolutos. Con todo eso no fueron estas las pruebas mas sensibles en que se acrisoló la virtud del fervoroso jesuita.

Ejercitósela terriblemente cierto rector nuevo que llegó á gobernar el colegio de Puy. Fuertemente impresionado contra el Santo, desaprobó desde luego su derramamiento hácia afuera (así le llamaba él.) Limitó su zelo, reduciéndole á términos muy estrechos; moderó las visitas que hacia al hospital; prohibióle el ejercicio de muchos ministerios; empeñóse en mortificarle, reprendiéndole en público y en particular: en una palabra, nada hacia Regis que mereciese la aprobacion de su rector; pero nada de esto bastó para arrancar de la boca del Santo ni una sola palabra que sonase á queja, ni á defensa ó apologia de su proceder. Obedeció en todo con la mas puntual exactitud y con la mayor alegría, padeciendo con religioso silencio. El ejercicio fué terrible, pero de corta duracion. Fué desaprobada la conducta del rector, y él mismo al cabo reconoció y condenó sus violencias. Removieronle del empleo, y el sucesor que le señalaron dejó libre al Santo el ejercicio de sus ministerios, sin poner limites á la estension de su zelo. No seria fácil proceder de otra manera, porque el cielo autorizaba visiblemente con prodigios la caridad de nuestro Apóstol.

Hallándose la ciudad de Puy con una estrema carestía de granos, tomó Regis de su cuenta el sustentar á todos los pobres. Juntó con grandes trabajos y fatigas todo el trigo que pudo; encerróle en una panera, y púsola al cuidado de una virtuosa señora, llamada Margarita Baud. Acabóse muy presto toda la provision, y avisado el Santo de que no habia trigo, ni dinero para comprarle, no por eso dejó de enviar á la caritativa señora á una pobre mujer cargada de hijos, con orden de que la diese todo lo que hubiese menester para mantenerse, y para mantenerlos. Admirada la virtuosa matrona, fué á buscar al siervo de Dios, y le dijo, que estrañaba mucho la orden que la habia dado, pues no ignoraba que no habia grano de trigo. Sonrióse el Santo, y la respondió: *Andad, y á nadie me neguéis limosna.* No replicó la buena señora; volvió á casa, y halló la panera llena de trigo. Este prodigio, que se repitió por tres veces durante la carestía, tuvo por testigo á toda la ciudad. Ni fué este solo milagro el que obró Regis durante su vida. Siendo aun mozo, y